



Sobre el mal y la tortura y la reafirmación de lo humano

JEAN-PAUL SARTRE
TRADUCCIÓN DE J. A. CALZADILLA ARREAZA

Se nos ha enseñado a tomar en serio el Mal: no es ni nuestra culpa ni nuestro mérito haber vivido un tiempo en que la tortura era un hecho cotidiano. Todo nos demostraba que el Mal no es una apariencia, que el conocimiento por las causas no lo disipa, que no se opone al Bien, como una idea confusa a una idea distinta, que no es el efecto de pasiones que se podrían curar, de un miedo que se podría superar, de un extravío pasajero que se podría excusar, de una ignorancia que se podría esclarecer, que no puede de ninguna manera ser esquivado, retomado, reducido, asimilado al humanismo idealista, como esa sombra sobre la que Leibniz escribe que es necesaria al resplandor del día. Satán, dijo Maritain, es puro. Puro, es decir, sin mezcla y sin remisión. Hemos aprendido a conocer esta horrible, esta irreductible pureza: ella brillaba en la relación estrecha y casi sexual del verdugo con su víctima. Pues la tortura es primeramente una empresa de envilecimiento: sean cuales sean los sufrimientos soportados, es la víctima la que decide en última instancia sobre el momento en que son insoportables y en que se debe hablar; la suprema ironía de los suplicios es que el paciente, si muerde el anzuelo, aplica su voluntad de hombre a negar que él sea hombre, se hace cómplice de sus verdugos y se precipita por su propio movimiento a la abyección. El verdugo lo sabe, él acecha esta debilidad, no porque obtendrá de ella la información que desea sino porque ésta le probará, una vez más, que tiene razón de emplear la tortura y que el hombre es un animal que se debe llevar a golpes de fusta; de esa forma intenta aniquilar la humanidad en su prójimo. En sí mismo también, por contragolpe: esta criatura gimiente, sudorosa y mancillada, que pide clemencia y se abandona con un consentimiento pasmoso, con unos estertores de mujer enamorada, y entrega todo y se encarece con un celo iracundo sobre sus traiciones, porque la conciencia que ella tiene de hacer mal es como una piedra en su cuello que la arrastra siempre más abajo, él sabe que ella tiene su misma imagen y que él se encarniza sobre sí mismo, tanto como sobre ella; si él quiere escapar, por su cuenta, a esta degradación total, no tiene otro recurso que afirmar su fe ciega en un orden férreo que contenga como un corset nuestras inmundas flaquezas, dicho brevemente, poner el destino del hombre en las manos de potencias inhumanas. Llega un instante en que el torturador y el torturado están de acuerdo: aquel porque ha satisfecho simbólicamente, en una sola víctima, su odio a la humanidad entera, ésta porque no puede soportar el odio que se tiene a sí misma más que llevándolo al extremo y porque no puede sufrir su culpa más que odiando a todos los hombres consigo misma. Más tarde el verdugo será colgado, quizás; si ella se salva, quizás la víctima se rehabilitará: ¿pero quién borrará esta Misa donde dos libertades han comulgado en la destrucción de lo humano? Sabíamos que ella se celebraba un poco por doquier en París mientras nosotros comíamos, dormíamos, hacíamos el amor; escuchamos gritar calles enteras y comprendimos que el Mal, fruto de una voluntad libre y soberana, es absoluto como el Bien. Llegará un día quizás o una época feliz que, asomándose al pasado, verá en estos sufrimientos y estas vergüenzas, uno de los caminos que condujeron a su Paz. Pero nosotros no estábamos en el ámbito de la historia hecha; estábamos, lo he dicho, *situados* de tal forma que cada minuto vivido nos aparecía como irreductible. Llegamos entonces, a pesar de nosotros mismos, a esta conclusión, que parecerá chocante a las bellas almas: el Mal no puede ser redimido.

Pero, por otra parte, golpeados, cegados, rotos, la mayoría de los resistentes no hablan; rompieron el círculo del Mal y reafirmaron lo humano, para ellos, para sus torturadores mismos. Lo hicieron sin testigo, sin socorro, sin esperanza, a menudo incluso sin fe. No se trataba para ellos de creer en el hombre sino de quererlo. Todo conspiraba a



desanimarlos: tantos signos a su alrededor, esos rostros inclinados sobre ellos, ese dolor en ellos, todo concurría a hacerlos creer que ellos no eran más que insectos, que el hombre es el sueño imposible de las cucarachas y de las cochinillas y que ellos se despertarían parásitos como todo el mundo. Este hombre, había que inventarlo con su carne martirizada, con sus pensamientos hostigados que lo traicionaban ya, a partir de nada, por nada, en la absoluta gratuidad: pues es en el interior de lo humano donde se pueden distinguir unos medios y unos fines, unos valores, unos preferibles, pero ellos se encontraban aún en la creación del mundo y sólo tenían que decidir soberanamente si habría allí dentro algo más que el reino animal. Ellos callaban y el hombre nacía de su silencio. Nosotros lo sabíamos, sabíamos que a cada instante del día, en los cuatro rincones de París, el hombre era cien veces destruido y reafirmado. Obsedidos por estos suplicios, no pasaba semana sin que nos preguntáramos: «¿Si a mí me torturaran, qué haría?». Y esta única pregunta nos llevaba necesariamente a las fronteras de nosotros mismos y de lo humano, nos hacía oscilar entre el no *man's land* donde la humanidad se reniega y el desierto estéril de donde ella surge y se crea. ■

ars poética | Douglas Bohórquez | Venezuela

Si yo fuera un tipo práctico

Si yo tuviera un oficio
si yo supiera podar la hierba
que crece en los patios
o frisar simplemente
hacia un horizonte despedago de ardor
como cualquier maestro de obras
como un albañil que repara pequeñas averías
si yo pudiera deslizarme
sin tantas dificultades
entre las arandelas los motores de los automóviles
desarmar sus piezas
como cualquier mecánico
en fin
si yo fuera un tipo práctico
volaría volaría
como un príncipe encantado en su caballo
cabalgando sobre el aura de las tardes.

Contra el miedo

Un poeta no puede vivir en el miedo
debe vivir saltando
entre las copas de los árboles
sobre la mesa de los bares
como un ruiseñor
incendiado de azul
sobre la ceniza de los días y la lluvia
y los desperdicios de la ciudad
nada de vivir aislando
en los jardines de los grandes señores
sería más glorioso existir
como un vendedor ambulante
negociando su última pieza
como un campesino con su marusa
como un sacerdote en su exilio de Dios
cabalgando sobre la propia cola del infierno.

Humores

Caníbal
loro
corazón
ayer el alma
sobrevivía a toda dificultad
como un modista sin su tijera
como una iglesia sin su campana
después
contenta
volaba
como una petaca al aire
entre los cables
como una bruja con su escoba
de puro jolgorio
rechinaba.

Pájaros

En mi casa los pájaros se estrellan contra las ventanas, como si una extraña fuerza los impulsara a morir ennegrecidos por la transparencia del sol. Desde las grandes alturas vienen como impulsados por una voluntad ciega, descomunal y de pronto se lanzan contra la abrumadora solicitud del vacío. Desde lejos escuchó el impacto. Nada he podido hacer para evitarles esa muerte violenta. es como si una parte de cielo cayera contra mis propias palabras convertidos en derrota.

Palabras del boxeador que fui

Antes
en mi adolescencia
tuve una fuerza indomable
me gustaba retar la vida
pero en momentos
no sabía qué hacer
entonces decidí aprender a defenderme
a dar golpes
contra los golpes
a intentar sostenerme en la caída
contra las cuerdas
había que tener técnica
saber dar un knock out fulminante
y esquivar de lado
el golpe mortal
en esa época
fueron duros los rechazos
del solitario domingo
el final de las vacaciones
el regreso de las solitarias tareas cotidianas
pero lo más difícil fue doblegar
el invisible enemigo
que era yo mismo.

Joyas

Mi mujer sólo sabe vivir
es sabia
compra joyas, vestidos, zapatos
y los luce al otro día
como si fuera una estrella de cine
no es como yo
obstinado en dar brillo a oscuras palabras
en garabatear hojas
y buscar en viejos libros una sorpresiva frase
que me ampare y me deslumbre
mientras la vida transcurre a mi alrededor
y envejezco
ignorante dle mundo
de las maravillosas formas de las plantas
del rumor de la lluvia
y del hacer de la gente
que pasa por la calle.



DOUGLAS BOHÓRQUEZ

Poeta, investigador y profesor titular de Literatura de La Universidad de Los Andes (Núcleo Universitario Rafael Rangel, Trujillo). Doctor en Semiología por la Universidad de París VII. Estudió bajo la dirección de Julia Kristeva. Ha sido profesor invitado en universidades europeas y de América Latina. Sus áreas de estudio son la Literatura Venezolana, la Literatura Latinoamericana y la Teoría Literaria. Entre sus principales publicaciones destaca: *Escritura, memoria y utopía en Enrique Bernardo Núñez* (1990), *Teresa de la Parra del diálogo de géneros y la melancolía* (1997), *Fabla del oscuro* (poesía, 1991), *Árido esplendor* (poesía, 2001) y *Calle del pez* (2005). Además de varios monográficos en revistas europeas y latinoamericanas.

CHRISTIAN KUPCHIK

El arte del agravio

Resulta conocido el temor que inspiraba Winston Churchill en propios y extraños a raíz de su filosa lengua. Entre otros muchos episodios en los que brilló el sarcasmo y la maledicencia, se recuerda aquel que lo enfrentó a Lady Nancy Astor, primera mujer que ocupó un escaño en la Cámara de los Comunes por el partido de izquierda Sinn Fein. Enfurecida por una participación del líder conservador, Astor le espetó: «Si yo fuera su esposa le pondría veneno en su taza de té». A lo que Churchill, sin inmutarse, respondió: «Si yo fuera su marido, me lo bebería».

Es dado imaginar que este tipo de refriegas son naturales en el mundo de la política, pero también se extiende al campo del pensamiento y la literatura. Para seguir con el mismo personaje, ya que se le atribuían cualidades literarias además de las evidentes como estadista (no olvidar que se le concedió el Nobel a las letras en 1953), en 1914 otro Premio Nobel, el irlandés Georges Bernard Shaw, le envió dos invitaciones para que asistiera al estreno de su obra *Pigmalión*, en el prestigioso Her Majesty's Theatre de Londres, acompañadas con la siguiente nota: «Para que venga con un amigo (si es que lo tiene)». A lo cual Churchill respondió: «Me es imposible asistir a la noche inaugural, pero sin dudas iré a la segunda función (si es que la hay)».

Podría pensarse que esta versatilidad en el arte de la ironía y la ofensa responde a una tradición británica, y existen pruebas suficientes que sostendrían tal tesis. Se presume que hasta el propio William Shakespeare manejó con maestría la esgrima del vilipendio, como lo demuestran los duelos verbales de sus personajes, en donde los insultos y la humillación oral hacen contrapunto a otro tipo de combates, como los de las espadas o aquellos que tienen por escenario los pozos interiores del alma. Un pocos ejemplos de su virulencia:

¡Que si tuviese un hijo, sea abortivo, monstruoso y dado a luz antes de tiempo, cuyo aspecto contranatural y horrible espante las esperanzas de su madre, y sea ésa la herencia de su poder malhechor! (Ricardo III, Acto I, Escena Tercera)

Fuera de aquí, hambriento, piel de duende, lengua seca de buey, bacalao... ¡Oh, si tuviese aliento para decirte a todo lo que te parecen! ¡Vara de sastre, vaina, mascarón de proa, vil espadín!... (Enrique IV, Primera parte, Acto II, Escena Cuarta).

¡No estás lo bastante limpio para que te escupa! (Timón de Atenas, Acto IV, Escena Tercera).

Demasiado directo, quizá. Se atribuye a Thomas De Quincey la historia por la que, durante una discusión, a cierto caballero se le arrojó un vaso de vino en el rostro. El afectado sólo apeló a replicar: «Esto, señor, es una digresión. Ahora espero su argumento».

De acuerdo a la crispación ambiente de los tiempos actuales, no resultará sencillo encontrar respuestas de este tenor, ni siquiera entre los flemáticos británicos. Aunque tampoco ellos poseen el monopolio de la elegancia en el agravio. En 1936 Jorge Luis Borges completaba su *Historia de la eternidad* con un breve ensayo que daba cuenta acerca del «Arte de injuriar». Allí, yendo de Groussac a Swift y de Johnson a Macedonio, intenta rastrear en la vituperación y la burla las raíces de un género literario poco explorado. Unos años antes, había publicado el artículo *Quevedo humorista* (1927), donde muestra una concepción del humor que no abandonará. Manifiesta en este escrito el desagrado que le producen los juegos de palabras y la «in-



vención chocarrera» que asume como referencias a las alusiones sexuales, la escatología y la vileza:

Que esa fotografía basurera (la locución es de Paul Groussac) tenga gustadores, me extraña; que la encuentren alegradora, me maravilla. No sé qué pensar de esa superstición. (Textos recobrados, 2011, p. 284).

Un interés mayor, en cambio, le merece el retruécano, cuyo uso condena cuando tiene un «carácter serio» y hace responsable de «esta práctica aberrante» nada menos que a Baltasar Gracián, «que lo utilizó con verdadera exquisitez de mal gusto», y a quien le dedica un demoleador poema que comienza diciendo: «Laberintos, retruécanos, emblemas, / helada y laboriosa nadería, / fue para este jesuita la poesía, / reducida por él a estratagemas». Lo cierto es que a pesar de la laudatoria opinión que le merecen estos juegos, el propio Borges no se privó de utilizar estos artificios en numerosas ocasiones, ya bajo la máscara satírica o humorística, pero siempre con la finalidad de desairar e incluso despreciar las obras de otros colegas. Alcanzará con mencionar que se refirió al Nulario sentimental o el Roman-Cero de don Leogoldo Lupones; que cambió los nombres de conocidos escritores por los de Vega Lope, Zorino de San Martín, Pablo de la Paz Roja, Enrique La Recta, u Orтели y Gasset. Al encontrarse con Gerardo Diego para recibir el premio Cervantes en 1980, planteó: «O es Gerardo o es Diego»; en tanto que no dudó en sindicarlo a García Lorca como «un andaluz profesional».

Juegos inocentes, se podrá coincidir, ante la acritud de la época. Incluso más tenues que los proferidos por otros grandes nombres de las letras. Aunque en Borges había mucho de juego: destruyó, por caso, el Ulises de Joyce cuando fue el primero en lengua castellana en descubrirlo, escribir sobre él y alabarlo a poco de publicado en inglés.

Distinto es cuando se busca profundizar una herida. Precisamente, existe un vocablo antiguo, el verbo «zaherir», que expresa con justeza el arte del insulto. Este último término se vincula a «saltar», en tanto se «arremete contra el otro». Injuriar, a su vez, tiene una raíz más formal que lo liga al derecho: el iure implica que la ofensa llega a los tribunales. Zaherir, en cambio, implica herir, lastimar, dañar. El participio *za* deriva de *faz*, rostro, con lo cual se completa el origen totalmente físico del vocablo. De modo que en cierto sentido zaherir es dejar una marca en el otro, una herida y, acaso, una cicatriz. Simbólica, claro, porque como propuso Freud, el deseo de luchar y batirse fue sublimado en el proceso civilizatorio por los debates intelectuales o, en el mejor de los casos, por agudezas, sátiras, apostillas hirientes. Acaso apegado a este sentido, Groucho Marx le respondió a un amigo

* Este artículo de Christian Kupchik, lo hemos tomado de www.eternacadencia.com.ar

que lo había traicionado: «Jamás olvido una cara, pero en tu caso estaré encantado de hacer una excepción».

A continuación, una serie de juicios y venerables duelos verbales que tuvieron como protagonistas a muchas de las mentes más brillantes de la civilización.

NIETZSCHE SOBRE SÓCRATES

Por su origen, Sócrates pertenecía a lo más bajo del pueblo: Sócrates era chusma. Se sabe, e incluso hoy se puede comprobar, lo feo que era.

THOMAS DE QUINCEY SOBRE JOHN LOCKE

[...] creo que una objeción insalvable a la filosofía de Locke (si acaso hiciera falta) es que, aunque el autor paseó su garganta por el mundo durante setenta y dos años, nadie descendió nunca a cortársela. (De El asesinato considerado como una de las Bellas Artes)

GUSTAVE FLAUBERT SOBRE GEORGE SAND

Una gran vaca rellena de tinta.

BERTRAND RUSSELL SOBRE G. W. F. HEGEL

La filosofía de Hegel es tan extraña que nadie habría podido esperar que lograra hacer que hombres cuerdos la aceptasen; pero lo logró. La expresó con tanta oscuridad que la gente pensó que debía de ser profunda. Puede ser fácilmente explicada con lucidez en palabras sencillas, pero en ese caso su absurdo se torna palmario. (De Filosofía y política)

OSCAR WILDE SOBRE G.B. SHAW

No tiene ningún enemigo en este mundo, y ninguno de sus amigos lo quiere.

VIRGINIA WOOLF SOBRE JOYCE

Ulises es el trabajo de un estudiante despistado de preparatoria rascándose los barro.

BORGES SOBRE JOYCE

Creo que Ulises es un fracaso. Cuando se ha leído lo suficiente se saben miles y miles de circunstancias sobre los personajes, pero no se los conoce. Y pensar en los personajes de Joyce no es lo mismo que pensar en los de Stevenson o Dickens, porque en el caso de un personaje, en un libro de Stevenson, por ejemplo, un hombre puede que sólo esté presente en una página, pero se siente que uno lo conoce o que hay más de él por conocer. En Ulises se cuentan miles de circunstancias sobre los personajes: que han ido dos veces al baño, los libros que leen, sus posturas exactas cuando están sentados o de pie, pero, realmente, no se los conoce. Es como si Joyce hubiera pasado por ellos con un microscopio o una lupa.

CYRIL CONNOLLY SOBRE ORWELL

No podía sonarse la nariz sin tener que moralizar sobre la industria del pañuelo.

ZIZEK SOBRE CHOMSKY

Bueno, con todo el profundo respeto que tengo por Chomsky, mi primer punto es que él que siempre enfatiza en cómo uno debe ser empírico, preciso, no solamente exclamar locas especulaciones lacanianas y todo eso... bueno, no creo conocer a ningún sujeto que empíricamente se equivoque tanto y en tantas cosas, ¡en sus descripciones, en cualquier cosa! ■

GUSTAVO PEREIRA

Tzara



[«Yo escribo este manifiesto para mostrar que pueden ejecutarse juntas las acciones opuestas, en una sola y fresca respiración; yo estoy en contra de la acción; a favor de la continua contradicción, y también de la afirmación, no estoy ni en favor ni en contra y no lo explico porque odio el sentido común», reza así el *Manifiesto Dadaísta* de 1918, cuyo principal impulsor fue el poeta francés de origen rumano Tristán Tzara. Padre de este movimiento de vanguardia que surgía en Zúrich durante la Primera Guerra Mundial, Tzara adversaba el orden establecido y proclamaba la oposición a toda facultad lógica y racional, mientras que proponía la absoluta e indiscutible espontaneidad del arte, que se traduciría en libertad del hombre. Para celebrar los 121 años del nacimiento de este poeta, reproducimos el texto de Gustavo Pereira publicado en su libro *El peor de los oficios* (Fondo Editorial Fundarte, 2014).]

Tzara nació en Moinesti (Rumania), en 1896. Por 1916 se encuentra en Zúrich, donde en compañía de Arp, Ball y Huelsenbeck, funda el movimiento dadaísta.

Las contingencias que rodearon la vida de Dada han sido prolíficamente expuestas en varios libros (entre ellos los de Hans Richter, Georges Hugnet, Ribemont Desaignes, Michel Sanouillet, Nadeau, Huelsenbeck, etcétera). Todos coinciden en que nihilista en su esencia, Dada será sin embargo la semilla de la revolución estética que sacudiría a la Europa de la primera postguerra. Había nacido —diría más tarde Tzara— de una «rebeldía que era común a todas las adolescencias, que exigía una adhesión completa del individuo a las necesidades profundas de la naturaleza, sin consideraciones por la historia, la lógica, la moral imperantes». Honor, Familia, Patria, Arte, Religión, Libertad, Fraternidad, etcétera, de tantas nociones que responden a las necesidades humanas, apenas subsistían esquemáticas convenciones, porque estaban vacías de contenido esencial. Tzara vio en aquel orden injusto, que defraudaba toda sensibilidad, un blanco innoble y obligado: contra él arremetió.

Lo hizo primero para escandalizar. De este tiempo quedan tumultuosos recuerdos de sesiones frenéticas en Zúrich y París. Cuando estalla la Segunda Guerra, Tzara adscribe al Partido Comunista Francés y hasta su muerte, en 1963, fue de aquellos hombres que dieron un contenido real a la idea de libertad.

La obra poética de Tristán Tzara es extensa e impresionante. Para él la poesía-actividad-del-espíritu es lo opuesto a la poesía-medio-de-expresión, es decir, la poesía latente antítesis de la poesía-manifiesto, aunque, precisa, «la primera tiende a integrar la segunda». Esta integración, legítima en todo verdadero poeta, es el paso de lo particular a lo universal. «La poesía no expresa una realidad —decía en una conferencia en La Sorbonne, en

1947—. Ella es, en sí misma, una realidad. Ella se expresa a sí misma. Pero para ser válida, debe estar inmersa en una realidad más extensa, la del mundo de los seres vivos». Y poco después: «La poesía es acción. No se deja encadenar en sistemas cerrados. Si la poesía no sirve al hombre, si no le ayuda a liberarse de sus apremios interiores, de orden moral, y exteriores, de orden social, ella no es más que objeto de goce, simple divertimento»:

*He escuchado la queja he visto pasar a las gentes
encorvadas descuidadas bajo la sordera de la lluvia
cada uno llevaba en sí una parte de la claridad
ponía un freno a las alegrías anteojeras a los sufrimientos
oh vidas humilladas envueltas en angustias
vuestras heridas me hieren vuestras miradas de cuchillos
despiertan vidas vencidas para nosotros humillado
llevo la venganza antigua de vivir sin rugir.*

Entre tantos defraudadores, la de Tzara fue una verticalidad de los sentidos, en comunión con los dictados de la razón. Por ello, tal como lo escribieron, pudo, por fin, transponer aquellos límites en los que son los demás quienes, haciendo de sus sueños estandartes, alimentan toda poesía: «El compromiso del poeta no es una acción que se relacione con la literatura, sino con la vida, en sus manifestaciones diversas. No tendré la pretensión de hacer creer que ciertos poetas de hoy han encontrado la fórmula mágica mediante la cual el hombre, uniendo el sueño a la acción, se ha reconocido consigo mismo. Sé que eso será posible en un mundo nuevo, en un mundo razonablemente, humanamente organizado. Otros problemas surgirán quizás en ese momento. No creo en un paraíso terrestre, porque a cada etapa de la evolución humana, todo se vuelve a transformar en objeto de conquista. El individuo no se afirma sino en la lucha, por la lucha.» ■

DADA —ésta es una palabra que lleva a la caza las ideas; cada burgués es un dramaturgo en pequeño, inventa temas diferentes, en vez de colocar a los personajes convenientes al nivel de su inteligencia, crisálidas en las sillas, busca las causas o los fines (siguiendo el método psicoanalítico que él practica) para cementar su intriga, historia que habla y se define.

(...)

DADA NO SIGNIFICA NADA

Si a uno le parece fútil y si uno no pierde el tiempo con una palabra que no significa nada... El primer pensamiento que revolotea en esas cabezas es de índole bacteriológica: hallar su origen etimológico, histórico o psicológico, por lo menos. Por los diarios se entera uno que a la cola de una vaca santa los negros Krou la llaman: DADA. El cubo y la madre en cierto lugar de Italia: DADA. Un caballo de madera, la nodriza, doble afirmación en ruso y en rumano: DADA. Hay sabios periodistas que ven en esto un arte para los críos, y otros santos jesúslamandoalosniños del día, el retorno a un primitivismo seco y ruidoso, ruidoso y monótono. La sensibilidad no se construye sobre una palabra; toda construcción converge en la perfección que aburre, idea estancada de una dorada ciénaga, relativo producto humano. La obra de arte no debe de ser la belleza en sí misma, o está muerta; ni alegre ni triste, ni clara ni oscura, regocijar o maltratar a las individualidades sirviéndoles pasteles de las aureolas santas o los sudores de una carrera arqueada a través de las atmósferas. Una obra de arte jamás es bella, por decreto, objetivamente, para todos.

La crítica es por lo tanto inútil, no existe más que subjetivamente, para cada uno, y sin el menor carácter de generalidad. ¿O acaso se ha hallado la base psíquica común a toda la humanidad? Quedan, bajo las alas anchas y benévolas del intento apocalíptico: el excremento, los animales, las jornadas. ¿Cómo es que se quiere ordenar el caos que constituye esa infinita informe variación: el hombre? El principio «ama a tu prójimo» es una hipocresía. «Conócete» es una utopía, pero más aceptable pues hay un contenido de maldad en ella. Ninguna piedad. Luego de la matanza nos queda la esperanza de una humanidad pacificada. Y hablo todo el tiempo de mí, puesto que no quiero convencer, no tengo derecho a arrastrar a otros en mi corriente, no obligo a nadie a seguirme y todo el mundo hace su arte a su manera, si es que conoce la alegría que sube en flechas hacia las capas astrales, o aquella que desciende a las minas de flores de cadáveres y de espasmos fértiles.

(...)

Cada página debe reventar, ya sea merced a la seriedad profunda y grave, el torbellino, el vértigo, lo nuevo, lo eterno, merced a la burla aplastante, merced al entusiasmo de los principios o la manera en que queda impresa. Y queda un mundo bamboleante y los medicistros literarios con ganas de mejoramiento.

Yo se lo digo: no hay comienzo y nosotros no temblamos, no somos sentimentales. Nosotros desgarramos, viento furioso, la ropa de las nubes y de las plegarias, y preparamos el gran espectáculo del desastre, el incendio, la descomposición. Preparemos la supresión del duelo y reemplacemos las lágrimas con sirenas tendidas de un continente a otro. Pabellones de júbilo intenso y viudos de la tristeza de la ponzoña.

Fragmentos de *Manifiesto Dadaísta* (1918)